

Imprimir

Con este título: ORIGEN, Dan Brown nos entrega su escrito, en el cual la tensión histórica entre la ciencia y la religión sobre el origen de la vida se entrelaza con los escenarios emblemáticos de la obra de Gaudí, artista que se inspiró en la perfección de la naturaleza. Por otra parte, Brown articula su relato con las nuevas tecnologías y la inmediatez de la comunicación global, llevándolas a un hipotético estado de desarrollo que realmente sorprende, especialmente en el desenlace de la obra, todo ello ambientado en la hermosa ciudad de Barcelona, considerada una de las ciudades “top” del planeta por su cosmopolitismo, el arte y la cultura que la impregnan, su entramado de movilidad y comunicación y la base tecnológica imbricada en la ciudad.

La narración de Dan Brown, cuyo nombre “Dan” es de origen hebreo y significa “Dios es mi juez” o “justicia de Dios”, tiene como uno de sus hilos conductores una pregunta que uno de los protagonistas, Edmond Kirsch, retoma, inspirado al parecer en un cuadro de Paul Gauguin: “ ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿Adónde vamos?”.

A la primera pregunta ¿Quiénes somos?, Dan Brown ofrece una respuesta artístico-narrativa que es su escrito mismo; mediante una especie de pintura con palabras, próxima en sentido narrativo al Jardín de las Delicias de El Bosco, describe quiénes somos como humanidad en este momento histórico, dibujando, a través de sus personajes, la infinidad de deseos, pensamientos, ideas y pasiones que mueven al ser humano.

A la segunda pregunta ¿De dónde venimos?, Brown se decanta por una respuesta científica, interesante y posible dentro del amplio abanico de hipótesis existentes.

Y a la tercera pregunta, ¿Adónde vamos?, propone una respuesta científico-tecnológica, incluso profética, sobre hacia dónde podríamos dirigirnos si no se produce un cambio paradigmático en los valores humanos y nuestras prácticas. Recomendando sinceramente leer el libro.

Las preguntas y respuestas que mueve el libro “Origen” suscitaron en mí, como seguramente

en muchos lectores, la necesidad de volver a pensar en estos interrogantes que, de tanto en tanto, nos formulamos y que, por fortuna, también olvidamos, para más tarde volver a replantearnos.

En esta ocasión he llegado a unas respuestas que me resultaron significativas y que deseo compartir sin mayores pretensiones, dejando abierta la posibilidad de que en el futuro, cuando vuelva a formularme estas mismas preguntas, mis respuestas puedan haber cambiado; lo que sí estoy segura es de que las preguntas permanecerán durante mucho tiempo, como lo han hecho a lo largo de la historia de la humanidad, hasta que decidamos dejar de planteárnoslas, y entonces quizás podamos retornar a nuestro origen y saber de primera mano qué es aquello que ni la ciencia, ni la religión, ni la filosofía, ni la tecnología han logrado explicar.

Respecto a nuestro “origen”, la ciencia mayoritariamente aceptada sostiene que venimos de un proceso evolutivo que posiblemente comenzó con la aparición de las cianobacterias. Afirma que somos un eslabón dentro de ese proceso y que acabaremos con nuestra muerte, momento en el cual regresaremos a la tierra en forma de gases y materia, transformándose parte de nosotros en energía, al menos la liberada por nuestro cuerpo. La idea sería: “venimos de la tierra y volveremos a ella”.

En parte, los científicos tienen razón: somos hijos de la tierra y parte de todo ese maravilloso entramado evolutivo universal marcado por el movimiento. Sin embargo, surge la pregunta: ¿qué produjo ese movimiento inicial? La ciencia lo explica mediante la teoría del Big Bang, según la cual, tras la gran explosión, todo el universo se encuentra en expansión y, probablemente, dentro de millones de años – no se sabe con exactitud cuántos – volverá a contraerse en un movimiento de retorno hacia el centro inicial de expansión. ¿Hacia el origen? La ciencia aún no ha encontrado una respuesta ampliamente aceptada sobre la causa de ese primer movimiento.

Las religiones no van mucho más allá y sostienen que venimos de Dios; que somos su obra o creación y vivimos para Él, en Él y por Él. Afirman que, si vivimos conforme a sus directrices,

al morir regresamos a Él en espíritu, a esa esencia que no es materia y que, por tanto, puede entenderse también como energía.

Al final, todas las respuestas de la religión, la ciencia o la filosofía son relativas, pues han sido formuladas por seres humanos situados en contextos personales, culturales, históricos y sociales específicos, y han ido cambiando con el paso del tiempo.

Algunas escuelas de pensamiento de las antiguas civilizaciones de Egipto y Grecia combinan lo filosófico, lo mágico y lo espiritual. Plantean que venimos de una esencia simbolizada por un punto en la geometría sagrada: el punto representa la unidad, la totalidad y la perfección; lo contiene todo en potencia, lo no manifestado, es decir, el origen.

Sostienen que somos la proyección del movimiento de ese punto, que se desplazó para reflejarse y conocerse a sí mismo. De ese movimiento surgieron la línea, el círculo, la esfera y una arquitectura geométrica considerada sagrada, que se proyecta de forma fractal en la naturaleza y el universo, tanto en lo micro como en lo macro; por ello dicen en uno de sus principios que “como es arriba, es abajo”.

A la tercera pregunta responden que vamos de regreso a la esencia que nos dio origen, enriquecidos por los aprendizajes obtenidos en nuestra experiencia vital, cerrando así el círculo del conocimiento de sí mismo.

Quedan, sin embargo, dos preguntas abiertas: ¿qué provocó el deseo inicial de esa conciencia para conocerse a sí misma? ¿Cuándo se producirá el movimiento de retorno al origen? ¿Es ese retorno la respuesta a la pregunta de adónde vamos?

Retomando estas escuelas de pensamiento, me atrevo a pensar que quizá somos pequeñas réplicas del origen en el momento en que sintió el deseo de saber quién era. Desde entonces, el origen no ha dejado de replicarse a sí mismo de forma fractal a través de todos nosotros, mediante las innumerables respuestas religiosas, científicas y metafísicas que la humanidad ha generado a lo largo de su historia, intentando responder siempre las mismas tres preguntas: “ ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿Adónde vamos?”.

Quizá podríamos comenzar nuestro camino de regreso al origen para encontrarnos con lo que nos originó y finalmente saber quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, en el momento en que la humanidad deje de preguntarse justamente: “ ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿Adónde vamos?”. Entonces, el origen comenzará a dejar de replicarse, el movimiento expansivo empezará a perder fuerza, a ralentizarse, dando paso al silencio, la quietud, el vacío y al no movimiento, hasta retornar finalmente al origen: al instante previo al deseo, cuando nada se había manifestado, es decir la nada era la nada, porque no había deseo, ni movimiento, solo quietud, silencio y vacío.

Al no existir deseo, no hay vectores ni impulsos; no hay nada más que conciencia pura, que sencillamente ya sabe que es: la nada no manifestada. Y es precisamente esta nada lo que resulta maravilloso, porque en su absoluta ausencia de forma y de manifestación reside eternamente todo en potencia y por eso cuando estamos en el origen, también somos todo.

EL ORIGEN, la semilla de todo lo que alguna vez fue, es y será.

Sandra Campos

Foto tomada de: El mundo